

Faltan aproximadamente 15 horas para llegar a la terminal de Bariloche. Intento leer pero estoy decididamente dispersa. En el asiento de atrás, Faus juega backgammon con un pibe israelí entusiasta que está de viaje por latinoamérica o algo así. Nadie entiende bien cómo pronunciar su nombre así que le decimos Jack. Explica las reglas del juego en un español casi inteligible. El resto miramos intermitentemente por la ventana o ensayamos algún comentario cordial con nuestro amigo. Mientras insisto con la pantomima de leer Cuentos completos de Aurora Venturini, voy cediendo ante la aceptación de que estoy en cualquiera y que en realidad hace dos horas que estoy en la segunda página porque lo único en lo que puedo pensar es en B. Visualizo despacio posibles escenarios donde nos acercamos. Renglón a renglón. No sé si vamos por el ripio o qué pero las palabras se sacuden cada vez más y ahí voy de nuevo. Me tiro de cabeza a la tibieza escapista del sueño consciente. La secuencia de imágenes es más bien simple. Lo veo. Él baja la guardia. Nos besamos. Bueno, eso de mínima. Habrá alguien pensando así en mí ahora? o en algún momento. Digo alguien que esté pensando todo el día en cómo me cogería. G dice que siempre hay alguien que no conocés y que gusta de vos en secreto. Me parece por lo menos optimista. El punto es que B colonizó absolutamente mi pensamiento y toda mi energía mental. Y todo por un encuentro. Un cruce furtivo de miradas. Un dedazo de cristal amistoso en la pista. Todo porque caminamos un rato y lo vi así, tosco, despreocupado, con las manos en los bolsillos de la campera de adidas verde, con un jogging gris que apretaba un culo redondo y hermoso. Un culo que se dejaba ver en movimiento con una gracia increíble, y que me generó una felicidad imbécil durante días. B tiene un gesto con el que hace quedar mal a todos. Al mundo por gris y mezquino. A mí porque mientras lo escucho pienso cuánto menos noble sería estar sacándole la remera en este momento y ojalá pudiera yo decir algo tan simple y lleno de alegría como eso que va a decir de la capacidad de transformación colectiva, propia y ajena (en ese orden). Yo no sé. No sé qué es lo que me hace desear tanto estar cerca de él. No sé si es ese aire de pibe medio sufrido. La tendencia existencialista pero desligada de cualquier pose. El sueño de justicia social que se le ve en los ojos pero que sin embargo no parece un delirio de superioridad moral. El origen, compartido por ambos, en esa monotonía apática, terrateniente y culo roto que es la llanura bonaerense. Escapando de algún infiernito familiar, de la asfixia del pueblo, de algún esquema de mandatos implícitos de proyectos de adultos negadores e ineficaces, abocados de lleno y sin cuestionamiento al ascenso social y la reproducción de lo que ya conocen. Un desarraigo que le tiñe el semblante de un dolor inexorable. En definitiva B tiene algo. Algo que se quema y que me quema a mí también. Una epopeya de la mutación y el movimiento. Tal vez por eso cuando me contó que había sacado pasaje sólo ida a no sé qué lugar distante en el mapa para encontrarse consigo mismo etc lo entendí y con un despliegue virtuoso del arte de ocultar las emociones, respiré hondo y le dije: es por ahí, rey. Es por ahí. El micro sigue tambaleando. Ya se fue el israelí. -Gracias por dejarme de garpe jugando al backgammon eh. Nos dimos vuelta y nos reímos. Voy a armar un mate para despejar.